



Revista de Estudios Globales Universitarios

Metrópolis

Vol 6

2025
Num 2

ISSN 2692-319X | E-ISSN 2692-3203
Journal Julio - Diciembre 2025

Magosto ourensano y tradición celta: Persistencias simbólicas liminales. Ritos de paso de la communitas

Magosto from Ourense and Celtic tradition: Liminal symbolic persistences. Communitas Rites of Passage

Gerardo Merchán.¹ 

gerardo.merchan@ucv.ve

Universidad Central de Venezuela (UCV)
Caracas, Venezuela.

Franco José Roversi Mónaco Trujillo.² 

froversi@unimet.edu.ve

Universidad Metropolitana (UNIMET)
Caracas, Venezuela.

Hermelinda Camirra Gouveia.³ 

hermelinda.camirra@ucv.ve

Universidad Central de Venezuela (UCV)
Caracas, Venezuela.

Recepción: 06-11-2025

Aceptación: 20-11-2025

Publicación: 20-12-2025

Como citar este artículo: Merchan, G; Mónaco, Camirra, H. (2025), **Magosto ourensano y tradición celta: Persistencias simbólicas liminales. Ritos de paso de la communitas.** Metrópolis. Revista de Estudios Globales Universitarios, 6 (2), pp. 1310-1329

¹ Licenciado en Filosofía, Licenciado en Teología, Especialista en Propiedad Intelectual, Doctor en Ciencias de la Educación (ULAC), Doctor en Gestión para la Creación Intelectual (UNESR); con postdoctorado en Filosofía y Ciencias de la Educación (UCV), Docente Universitario e Investigador

² Licenciado en Educación Mención Ciencias Pedagógicas (UCAB); Especialista en Gerencia de Recursos Humanos (USM); Especialista en Tecnología, Aprendizaje y Conocimiento (UNIMET); Doctor en Ciencias de la Educación (ULAC); Doctor en Patrimonio Cultural (ULAC); Doctor en Gestión para la Creación Intelectual (UNESR); con postdoctorado en Filosofía y Ciencias de la Educación (UCV) y en Filosofía y Paradigmas de la Investigación Social (ULAC), Docente Titular e Investigador.

³ Socióloga (UCV); Especialista en Mercadeo (UCV); Doctora en Ciencias Sociales (UCV); Postdoctorado en Investigación de las Ciencias Sociales y del Comportamiento (URJC España); Postdoctorado en Filosofía y Paradigmas de la Investigación Social (ULAC), Profesora de Pregrado y Postgrado (EAC/FaCES), Investigadora; Coordinadora de la Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales (UCV).

Resumen

Esta episteme coloca los aprestos socioculturales del magosto ourensano como una celebración transcompleja donde convergen una red de significaciones experienciales antropológico cultural, patrimonial inmaterial y de ritualidad simbólica, que se imbrican a las antiguas prácticas del Samhain celta, la tradición agraria galaica. Visto transdisciplinariamente, el magosto representa un dispositivo cultural de memoria y liminalidad (Turner, 1988) y de ritos de paso Van Gennep (2013) que abren un espacio transicional entre estaciones, por los vivos y muertos posteriores al día de los difuntos. El fuego, la castaña, el tizne, la música de gaita y el jolgorio comunitario son interpretados como símbolos que condensan estructuras míticas perdurables. Aunque en esencia no reproduce las expresiones de una teodicea celta, ergo, se sostienen como los elementos continuistas de una cosmogonía-naturaleza que tributa el agradecimiento a los frutos de la tierra, y la ancestralidad en pos de una renovación estacional con sentido identitario gallego. Elementos que amalgaman un acervo, un patrimonio inmaterial que debe ser respetado, conservado en el tiempo y transmitido a las nuevas generaciones, enmarcándose en coherencia con la meta 11.4 de los Objetivos de Desarrollo Sostenible. A este entramado acuden los autores Geertz (2009); Hertz (1990); Roux & Guyonvarc'h (1986); Eliade, M. (2014); entre otros.

Palabras clave: magosto, Ourense, Samhain, antropología cultural, patrimonio inmaterial, memoria, cosmogonía.

Abstract

This episteme positions the sociocultural preparations of the Ourense magosto as a transcomplex celebration where a network of experiential significations converges, encompassing cultural anthropology, intangible heritage, and symbolic rituality, which are interwoven with the ancient practices of the Celtic Samhain and the Galician agrarian tradition. Viewed transdisciplinarily, the magosto represents a cultural device of memory and liminality (Turner, 1988) and rites of passage (Van Gennep, 2013) that open a transitional space between seasons, for the living and the dead following All Souls' Day. The fire, the chestnut, the soot markings, the bagpipe music, and the communal revelry are interpreted as symbols that condense enduring mythical structures. Although in essence it does not reproduce the expressions of a Celtic theodicy, it nonetheless sustains itself as the continuist elements of a cosmogony-nature that pays tribute in gratitude to the fruits of the earth and to ancestral identity in pursuit of a seasonal renewal imbued with Galician identity. These elements amalgamate a heritage, an intangible patrimony that must be respected, preserved over time, and transmitted to new generations, framing itself in coherence with Goal 11.4 of the Sustainable Development Goals. This theoretical framework draws upon the works of Geertz (2009), Hertz (1990), Roux & Guyonvarc'h (1986), Eliade (2014), among others.

Keywords: magosto, Ourense, Samhain, cultural anthropology, intangible heritage, memory, cosmogony.



Introducción

Las fiestas de otoño en la Europa atlántica constituyen un campo privilegiado para observar y vivir la persistencia de estructuras simbólicas de origen antiguo. Entre ellas, el magosto ourensano destaca por su capacidad de articular tradición agrícola, imaginarios célticos inculturados en el cristianismo. Aunque hoy se conciba como una celebración festiva centrada en la castaña asada y el fuego comunitario, su complejidad revela un sedimento ritual de ancestral que trasciende la categoría de folclore.

Desde una línea de fuerza fenomenológico cultural, considera Eliade (2014) que las fiestas agrarias europeas conservan un núcleo mítico que expresa las relaciones humanas con los ciclos de la naturaleza, la muerte y la renovación. El magosto es una de estas supervivencias simbólicas, situada en el corazón del noroeste peninsular –territorio históricamente celtoatlántico– y marcada por una continuidad cultural que se remonta al *Samhain*, o el año nuevo celta.

La provincia de Ourense, rica en soutos de castaños y en tradiciones rurales, constituye un ecosistema socioantropológico singular donde la fiesta se ha mantenido viva no solo como práctica recreativa, sino como acto identitario, comunitario y ritual. Ello así, este fondo analiza dicha celebración desde un enfoque doble: antropológico-cultural, centrada en estructuras simbólicas y prácticas sociales hereditarias que atraviesa lo patrimonial inmaterial, al tiempo de la dimensión fenomenológico-religiosa subyacente en rituales identitarios no institucionales (Rodríguez y Chacón, 2025).





Nota: Asistente de IA Gemini. (2024). Representación de un magosto ourensano con elementos celtas: hoguera central, personas reunidas en comunidad, un gaitero, castañas y un aura liminal bajo un cielo estrellado [Imagen generada digitalmente].

Bases fenomenológicas culturales de lo galaico ancestral

La teoría de los ritos de paso de Van Gennep (2013) y la noción de liminalidad en Turner (1988) ofrecen un marco fundamental para interpretar el magosto. La fiesta coincide con un umbral temporal —el paso del otoño al invierno— donde el orden social se suspende momentáneamente para permitir una “regeneración simbólica” (Turner, 1988). Asimismo, Tambiah (1985) aporta la noción de performatividad ritual, sugiriendo que las acciones colectivas alrededor del fuego no solo representan un significado, sino que lo producen mediante la participación compartida.



En la misma idea, Geertz (2009) entiende los rituales como sistemas culturales de significación, donde los símbolos condensan visiones del mundo. En este sentido, la castaña fruto preeminente de la vendimia, el fuego y la práctica de tiznarse la cara constituyen *formas densas* de comunicación cultural.

Otro elemento clave del magosto va atado al vínculo directo con prácticas devocionales tradicionales que acontecen posterior al día de los difuntos, distintivo de la Galicia rural. Se muestra en los trabajos de Hertz (1990) sobre la muerte como proceso social y los análisis de Ariès (2011) sobre la memoria de los antepasados permiten entender la fiesta como un acto comunitario que reafirma la continuidad entre vivos y la memoria por los muertos.

En el antiguo *Samhain*, las comunidades celtas creían que el mundo de los antepasados se acercaba al de los vivos (Carey, 2019; Dumézil, 1992; Grimes, 2014). Esta visión resuena en Galicia a través de costumbres como dejar castañas para los difuntos, registradas hasta el siglo XIX (García de Diego, 1958). Hoy en día, ya menos frecuente como práctica.

Constituyente teofánico del magosto ourensano como ritual.

Fuego, purificación, comunión.

El fuego es el centro del magosto como se explanará en los encadenamientos subsiguientes. Su función excede lo utilitario: es un símbolo de protección, tránsito y comunión. Las hogueras de *Samhain*, documentadas en Irlanda y Escocia, tenían un significado casi idéntico. (Green, 2004; Hafstein, 2018; Otto & Guyonvarc'h, 1986).



Desde la fenomenología religiosa, el fuego puede entenderse como símbolo teofánico en el sentido de Otto (2016): “una realidad fascinante y tremenda que convoca lo sagrado” (p. 112). La participación comunitaria alrededor de la hoguera convierte el espacio en un centro (Eliade, 2014), un axis mundi temporal donde se reúnen vivos, memoria de ancestros y naturaleza.

La castaña: alimento, semilla y memoria

Los soutos de Ourense, pieza vertebral de la economía agrícola preindustrial de la región, no solo garantizaron la subsistencia material de las comunidades rurales, sino que forjaron una cultura simbólica estrechamente vinculada a la castaña como emblema de continuidad, estabilidad y pertenencia territorial. Tal como señala Bouhier (1979: 310), el noroeste peninsular puede comprenderse como “una de las más profundas civilizaciones del castaño”, en la que este fruto no era únicamente un recurso alimentario, sino un elemento estructurante del paisaje cultural, del calendario agrícola y del universo mental campesino.

Desde esta perspectiva, la castaña ocupa en el magosto un triple eje funcional que articula dimensiones económicas, simbólicas y rituales. Primeramente, su función económica fue históricamente decisiva; constituía un alimento básico durante el invierno, asegurando reservas en épocas de escasez y contribuyendo a la dieta de familias, ganado y comunidades enteras (Bouhier, 1979). Esta dimensión de subsistencia se tradujo en un respeto profundo hacia el castaño, considerado un árbol protector y generoso.



Luego, su dimensión simbólica emerge en la propia dinámica del magosto, donde el fruto parece “morir” en el fuego para renacer como alimento. Este gesto encierra una lógica simbólica de transformación; la castaña pasa de su dureza original a convertirse en alimento cálido, accesible y compartido, evocando un ciclo de muerte y regeneración que remite a la cosmovisión agraria y a los ritmos estacionales. El fuego, elemento central del rito, actúa como mediador de esta metamorfosis, reforzando la idea de que la vida renace del sacrificio y del calor comunal. (Eliade, 2014; Smith, 2006; O'Donnell, 2020).

Por lo anterior, la castaña cumple una función ritual, especialmente vinculada al nexo con los difuntos y al agradecimiento de los vivos. La práctica tradicional de ofrecer castañas a los muertos, documentada en el ámbito galaico, subraya la capacidad del fruto para actuar como puente entre generaciones. En la fiesta del magosto, este simbolismo se reactualiza mediante el acto colectivo de compartir, que integra tanto la memoria de los antepasados como la celebración de la comunidad presente (Hertz, 1990)

Esta triple articulación permite comprender por qué la castaña mantiene una centralidad tan profunda en el magosto. Su simbolismo agrario –tal como ya señalaron Frazer (2011) y (Bouhier, 1979) – en su análisis comparado de los frutos otoñales y los rituales de renovación– coincide con patrones presentes en múltiples culturas, donde los productos de otoño representan las últimas dádivas de la naturaleza antes de la llegada del invierno, y se asocian a ritos de fertilidad, renovación y tránsito estacional. Así, la castaña encarna simultáneamente la materialidad del



sustento y la espiritualidad del ciclo vital, consolidándose como un símbolo integral de la relación entre el ser humano, la tierra y la memoria.

El tizne: liminalidad e inversión simbólica

La práctica de tiznarse la cara, en esta expresión cultural, constituye un *ritual de inversión* en el sentido profundo que Ginzburg (1989) identifica en numerosas tradiciones europeas: un gesto aparentemente lúdico que altera temporalmente las categorías sociales y corporales habituales. Al cubrir el rostro con ceniza o carbón, los participantes anulan momentáneamente su apariencia cotidiana, rompiendo con las marcas visibles de identidad —familiares, laborales o de estatus— que estructuran la vida social ordinaria. Este acto de ocultamiento parcial del rostro reconfigura la relación con los otros, generando un espacio donde el anonimato y la igualdad se vuelven posibles.

Desde la antropología simbólica, esta inversión conecta directamente con lo que Douglas (1966) denomina “alteración de las fronteras” (p. 41). El tizne del rostro desestabiliza el orden simbólico, desplaza las categorías de pureza/impureza, interior/exterior o propio/ajeno, permitiendo que la comunidad explore provisionalmente formas alternativas de relación y de orden social. En el magosto, este gesto opera como un *marcador liminal*, un signo visible de que la comunidad ha entrado en un tiempo distinto, un tiempo de excepción ritual donde las reglas habituales se suspenden para dar paso a la creatividad simbólica y al juego identitario (Thomassen, 2014).

Desde la focalidad fenomenológico-religiosa, el tizne funciona como un pasaje, un signo corporal que indica que el sujeto ha cruzado un umbral hacia una experiencia distinta de sí mismo y de la comunidad. Al



“ensuciarse” el rostro con el hollín de la hoguera, el individuo participa en la lógica simbólica del fuego: lo que se quema, se transforma; lo que se ennegrece, señala el tránsito. La comunidad entera entra así en un entorno transitorio donde se relajan las jerarquías, las distancias y los roles cotidianos, restableciéndose la *communitas* igualitaria descrita por Turner (1988).

Este estado de comunión no elimina las diferencias sociales, pero las relativiza temporalmente, permitiendo que los participantes vivan la experiencia de un nosotros renovado, cohesionado por el juego, la risa y la participación compartida en el rito (Taves, 2009). El tizne, lejos de ser un mero adorno festivo, expresa de manera condensada el sentido profundo del magosto: una celebración que transforma lo ordinario en un espacio de renovación simbólica, donde la comunidad se reconoce, se iguala y se reinventa bajo la luz de la hoguera.

La comunidad: *communitas* y sacramentalidad cultural

El magosto reúne familias, vecinos, parroquias, escuelas y pueblos enteros orensanos en un acto de comensalidad amplia, que constituye uno de los marcadores antropológicos más significativos de la sacralidad comunitaria en el sentido señalado por Sennett (2013) y O'Donnell, (2020). Esta reunión no es únicamente un encuentro festivo, sino un momento en el que la comunidad se reconfigura a sí misma mediante prácticas compartidas que fortalecen vínculos, reafirman pertenencias y generan una convivencia que trasciende lo cotidiano. La mesa abierta del magosto –dispuesta en plazas, atrios, calles o montes– se convierte así en un espacio liminal donde las distinciones habituales pierden peso y se reactiva la igualdad ritual propia de los momentos fundacionales.



El acto de compartir castañas y vino nuevo, acompañado de carne de ternera y chorizo a la brasa, no solo responde a una lógica gastronómica estacional, sino a una estructura simbólica de abundancia compartida. Cada alimento porta una carga cultural; la castaña como fruto ancestral que evoca continuidad; el vino nuevo como señal del ciclo agrícola recién renovado; las carnes asadas como símbolo de celebración colectiva tras las labores del otoño. Consumidos juntos, estos alimentos operan como articuladores de una experiencia comunitaria que combina memoria, gratitud y alegría (Smith, 2006; Schillebeeckx, 1993).

En este contexto, la comensalidad del magosto puede interpretarse como una auténtica “*sacramentalidad cultural*”, en la línea sugerida por Schillebeeckx (1993). No se trata de un sacramento en sentido teológico, sino de una forma de mediación simbólica a través de la cual la comunidad experimenta una suerte de salvación cotidiana, entendida como bienestar, armonía y sentido compartido. El mundo natural –el fuego, el fruto, el vino, la carne, el aire frío de otoño– se convierte en el soporte de una experiencia que reconcilia al ser humano con su entorno, con los otros y consigo mismo.

Compartir los frutos del magosto constituye así un gesto en el que lo material y lo espiritual se entrelazan: la comida no solo alimenta sino que significa; no solo nutre los cuerpos sino que ordena simbólicamente la vida comunal. Esta mediación cultural permite que la comunidad viva una forma de trascendencia encarnada en lo cotidiano, donde la celebración colectiva, el calor del fuego y la conversación compartida configuran una experiencia de plenitud relacional que sostiene la identidad y fortalece la cohesión social (Taves, 2009).



Desde esta óptica, la comensalidad del magosto no es un simple acompañamiento festivo, sino una de las estructuras rituales centrales a través de las cuales la comunidad orensana reafirma su historia, su memoria y su vínculo con la tierra (Frazer, 2011; Bouhier, 1979).

Samhain y magosto: paralelos estructurales

El umbral del “tempus”

Samhain marcaba el inicio del “año oscuro”, un tiempo liminal que anunciaba el descenso a la estación fría y la suspensión de las actividades agrícolas. La antropología histórica celta, tal como señalan Roux y Guyonvarc'h (1986), interpreta este momento como un umbral doble, pues representaba simultáneamente el cierre del ciclo anual y la apertura de uno nuevo. No se trataba simplemente de un final, sino de un intersticio temporal en el que los límites entre el pasado y el porvenir se diluían, creando un espacio propicio para la reorganización simbólica del mundo. Durante *Samhain*, el orden cotidiano parecía relajarse, permitiendo a la comunidad enfrentar tanto la memoria de lo vivido como la incertidumbre de lo que estaba por venir.

El magosto gallego, aunque inserto hoy en una estructura cultural profundamente cristianizada, conserva la lógica de este umbral estacional. Su celebración, alineada con el ciclo litúrgico de Todos los Santos y San Martín, mantiene el eco antiguo de aquella transición celta inculturada en el cristianismo. La coincidencia temporal no es casual: el cristianismo rural absorbió y reinterpretó prácticas pre cristianas, superponiendo significados sin borrar del todo el sustrato anterior. Así, el magosto se sitúa en un momento del año en el que la comunidad reconoce la llegada del frío, recuerda a los difuntos y se prepara para el periodo invernal,



reproduciendo la estructura simbólica que caracterizaba al *Samhain* como un tiempo de pasaje, introspección y renovación (Frazer, 2011; Bouhier, 1979).

En esta perspectiva, el magosto puede entenderse como una actualización cultural del antiguo umbral celta, donde el ritmo agrícola y el ritmo religioso convergen para dar sentido a la experiencia colectiva. Aunque sus prácticas ya no responden directamente a los códigos rituales del *Samhain* original, persiste la idea de transición: la muerte aparente del paisaje, la caída de las hojas, el último fruto de la tierra, el fuego encendido frente a la oscuridad creciente. La fiesta, por tanto, actúa como un puente entre herencias culturales distintas —la celta y la cristiana— que encuentran en este periodo del año un espacio común para expresar la vulnerabilidad, la esperanza y la continuidad de la vida (Smith, 2006).

El umbral del “tanatos”

En *Samhain*, los muertos regresaban simbólicamente, atravesando un umbral temporal en el que la frontera entre el mundo visible y el invisible se volvía permeable. Esta concepción celta del tiempo —donde la muerte no representaba una ruptura definitiva, sino una fase más del ciclo vital— encuentra un eco claro en las prácticas tradicionales de Galicia, donde hasta bien entrado el siglo XIX persistió la creencia de que las almas de los familiares difuntos visitaban el hogar durante estas fechas (Ariès, 2011). Se preparaban espacios en la mesa, se dejaba encendida la lumbre o se colocaba comida para las ánimas, bajo la convicción de que los muertos regresaban para compartir, aunque fuera simbólicamente, el calor del hogar y la continuidad del lazo familiar.



Las castañas ofrecidas a los muertos constituyen un testimonio directo de esta cosmovisión. No eran un simple alimento, sino una dádiva ritual cargada de sentido; representaban la permanencia del vínculo entre generaciones y la gratitud hacia quienes habían sostenido, con su trabajo y su memoria, la vida comunitaria. En este gesto se condensaba la idea de que los difuntos seguían formando parte de la comunidad, no desde la presencia física, sino desde la memoria viva y la protección espiritual atribuida a los antepasados.

Esta práctica reforzaba la noción de continuidad entre vivos y muertos que caracterizaba tanto al sustrato celta como a la religiosidad popular gallega. El fruto del castaño —último regalo de la naturaleza antes del invierno— funcionaba como símbolo de transición y acompañamiento, un puente que permitía honrar a los ausentes y reconocer su influencia en el presente. De esta manera, las ofrendas de castañas no solo vinculaban al magosto con el antiguo *Samhain*, sino que revelaban cómo el imaginario gallego incorporó y transformó creencias pre cristianas en un marco cultural más amplio, donde la muerte se integraba en el ciclo de la vida y la comunidad reafirmaba, año tras año, su pertenencia a una continuidad ancestral.

El fuego protector

Los fuegos de *Samhain* se encendían para proteger el ganado y la comunidad, actuando como un escudo simbólico frente a las fuerzas desestabilizadoras que, según la cosmovisión celta, podían acrecentarse en el umbral del año oscuro. El fuego funcionaba así como un eje de protección y orden, un elemento capaz de iluminar la frontera entre lo que pertenece al hogar y lo que procede del exterior, entre lo humano y lo desconocido. No se trataba solo de una hoguera práctica, sino de un marcador ritual que



ayudaba a la comunidad a enfrentar el tránsito hacia la estación más dura del año (Green, 2004)

En el magosto, aunque despojado de su dimensión ritual explícitamente religiosa, el fuego mantiene esta función ancestral y opera como un elemento que reordena el tiempo comunitario. La hoguera encendida al inicio de la celebración permite *purificar* el espacio festivo, expulsar simbólicamente lo que pertenece al ciclo que concluye y preparar el terreno para lo que está por comenzar. Del mismo modo, el fuego “cierra” un periodo marcado por el trabajo agrícola intenso del otoño y, simultáneamente, *abre* un nuevo tiempo en el que la comunidad se reúne, comparte y reafirma su cohesión antes del invierno.

La centralidad del fuego en el magosto no responde únicamente a su capacidad de asar las castañas, sino a su condición de mediador de transformación. Como en los rituales de *Samhain*, la hoguera es un umbral en sí misma, es aquello que entra en contacto con ella cambia de estado — las castañas se vuelven alimento, el ambiente se torna comunal, la noche oscura se ilumina— y, por extensión, la comunidad también experimenta una renovación simbólica. El fuego, por tanto, no solo calienta o ilumina, sino que marca ritmos, articula significados y ordena la vivencia colectiva del tiempo, manteniendo viva una estructura simbólica que, aunque transformada, conserva la lógica profunda del antiguo *Samhain*.

La dimensión festiva y catártica

La inversión lúdica, la música y el desorden controlado del magosto recuerdan la dimensión dionisíaca del *Samhain*. La liminalidad comparte rasgos: suspensión del orden, desinhibición ritual, apertura al misterio.



Abarcadamente, todo se revela como un fenómeno complejo que no puede clasificarse meramente como fiesta popular. Es una estructura simbólica de larga duración, un palimpsesto cultural que revela tres capas: *Celta*: fuego, umbral, culto a antepasados, inversión liminal. *agrícola medieval*: economía del castaño, ciclo agrario anual. *Cristiano*: memoria de difuntos, San Martín, comunidad parroquial.

Desde una fenomenología religiosa, este sincretismo no es accidental: revela una “fe alegremente encarnada” donde la comunidad expresa su comprensión del mundo mediante símbolos naturales y sociales. La hoguera como centro de comunión, la castaña como fruto que muere y renace, y la comunidad reunida en torno al alimento remiten a una simbólica cristiana de vida, muerte y resurrección, aunque no explícita. Sin embargo, lo litúrgico acontece toda vez que el ministro de culto preside una misa de acción de gracias por las cosechas viejas y el advenimiento del ciclo venidero, además, se hace partícipe invitado del compartir festivo.

El magosto es, por tanto, una teofanía cultural: un lugar donde lo humano y lo sagrado se encuentran en lo cultural y cultural.



Nota: Asistente de IA Gemini. (2024). Representación de un magosto ourensano: hoguera central, personas reunidas en comunidad, castañas y el compartir unidos junto al alimento [Imagen generada digitalmente].

A modo coda

En el devenir investigativo del presente artículo, al dar cuenta de que la fiesta del magosto constituye una linealidad potente para comprender cómo los pueblos construyen sentido a través de sus prácticas ritual-culturales desde su historia, legado y experiencia compartida; cobran fuerza las mediaciones de la fenomenología religiosa, la antropología simbólica y los estudios del patrimonio inmaterial, emergiendo una mirada científico-social que rescata del olvido a la memoria del lugar cultural de encuentro entre lo humano y lo sagrado, entre lo antiguo y lo presente, entre el ciclo de la naturaleza y la memoria viva de la comunidad orensana.

Por ello, saber y conocer que el magosto ourensano se erige como una manifestación cultural cuya complejidad sobrepasa lo folclórico y se muestra en lo ritual transcomplejo agrario celtoatlántico con inculturaciones cristianas populares. Desde la óptica de la fenomenología religiosa y de la antropología cultural, el magosto hace visible la persistencia de un tejido simbólico que ha sobrevivido a los cambios históricos, configurándose como una práctica en la que naturaleza, comunidad y ancestralidad se entrelazan en un horizonte significativo de larga duración.

Las categorías teóricas de Van Gennep (2013) y Turner (1988) muestran cómo esta celebración opera como un rito de umbral, donde se suspenden momentáneamente las lógicas ordinarias y emerge la *communitas*. La hoguera, el tizne y la castaña –símbolos densos según la concepción



hermenéutica de Geertz (2009)— funcionan como articuladores de una experiencia cultural que expresa la manera en que la comunidad negocia la continuidad entre su pasado arcaico y su presente identitario.

Afirmando lo anterior, la relación del magosto con la memoria de los antepasados, estudiada por Hertz (1990) y Ariès (2011), permite comprender su conexión profunda con el ciclo del Día de los Difuntos y con antiguas creencias propias del *Samhain*, donde el entramado entre vivos y muertos configuran un tiempo extraordinario. Igualmente, la pervivencia de costumbres como la ofrenda de castañas —documentada por García de Diego (1958)— confirma la continuidad del imaginario de ancestralidad que subyace a esta celebración.

Desde la intermediación de la fenomenología religiosa, el magosto se revela como un espacio privilegiado para experimentar lo sagrado en el sentido propuesto por Otto (2016), una presencia que se manifiesta en lo cotidiano pero que excede lo doméstico, especialmente a través del fuego como símbolo “fascinante y tremendo”. A su vez, siguiendo a Eliade (2014; 1999), la fiesta reactualiza un “tiempo primordial” donde la comunidad se reintegra simbólicamente con los ritmos de la naturaleza, los ciclos agrarios y la memoria de sus mayores.

La castaña, elemento central en la antropología económica y simbólica del noroeste peninsular descrita por Bouhier (1979), opera como emblema de este retorno a la lógica de la naturaleza-ciclo: fruto que muere en las brasas para renacer como alimento, metáfora de la regeneración vital que atraviesa tanto a las culturas campesinas como a las cosmologías celtas.



En el interés que esto repercute al campo del patrimonio cultural inmaterial, la celebración confirma lo que Assmann (2011) entiende por memoria cultural: un sistema de transmisión, continuidad y reactualización de sentido que garantiza que los imaginarios comunitarios permanezcan vivos. El magosto no solo rememora un pasado, sino que lo reinterpreta, reforzando la identidad gallega al tiempo que transforma sus propias prácticas.

En conjunto, el magosto ourensano debe ser entendido como una teofanía cultural, no en clave teológica sino fenomenológica: un acontecimiento donde lo sagrado, lo comunitario y lo natural convergen para generar experiencia de pertenencia, continuidad y renovación. La hoguera como centro simbólico, la castaña como fruto liminar, la música tradicional de la gaita gallega y la comensalidad pública delinean un ritual que mantiene cohesionada a la comunidad simbólica que viene desde la protohistoria atlántica hasta la Galicia contemporánea.



Referencias

- Ariès, P. (2011). *El hombre ante la muerte*. Taurus
- Assmann, J. (2011). *Cultural memory and early civilization*. Cambridge University Press.
- Bouhier, A. (1979). *La Galicia tradicional*. Fundación Barrié
- Carey, J. (2019). Time, memory, and the Celtic imagination. *Journal of Celtic Studies*. <https://doi.org/10.1353/cs.2019.0012>
- Douglas, M. (1966). *Purity and danger*. Routledge.
- Dumézil, G. (1992). *Mito y epopeya*. Fondo de Cultura Económica
- Eliade, M. (2014). *Lo Sagrado y lo profano*. Paidós
- Eliade, M. (1999). *Mito y realidad*. Editorial Kairós SA
- Frazer, J. (2011). *La rama dorada*. Fondo de Cultura Económica de España, S.L.
- García de Diego, V. (1958). *Folklore español*. Labor.
- Geertz, C. (2009). *La interpretación de las culturas*. Gedisa
- Ginzburg, C. (1989). *Historia nocturna*. Muchnik.
- Green, M. (2004). *Guía del mundo céltico*. Oberón.
- Grimes, R. (2014). *The Craft of Ritual Studies*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780195301427.001.0001>
- Hafstein, V. T. (2018). *Making intangible heritage*. Indiana University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctt2005r7r>
- Hertz, R. (1990). *La muerte y la mano derecha*. Alianza editorial.
- MacCulloch, J. A. (1911). *The religion of the ancient Celts*. T&T Clark.
- Otto, R, F., & Guyonvarc'h, C. J. (1986). *La fête celtique de Samain*. Payot.
- Otto, R. (2016). *Lo santo, lo racional e irracional en la idea de Dios*. Escolar.



O'Donnell, L. (2020). Celtic ritual landscapes. *History of Religions*.

<https://doi.org/10.1086/708566>

Rodríguez, A. y Chacón, N. (2025). *Representación iconográfica de la Virgen Inmaculada Concepción*. Eurytion Press

Roux, F. & Guyonvarc'h, J. (1986). *Les Druïdes*. Ouest-France

Smith, L. (2006). *Uses of heritage*. Routledge.

<https://doi.org/10.4324/9780203602263>

Schillebeeckx, E. (1993). *The human story of god*. Crossroad Publishing Co.

Sennett, R. (2013). *Together: The rituals, pleasures and politics of cooperation*. Yale University Press

Taves, A. (2009). *Religious Experience Reconsidered*. Princeton University Press. <https://doi.org/10.1515/9781400830978>

Thomassen, B. (2014). *Liminality and the Modern*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203796481>

Tambiah, S. (1985). *Culture, thought, and social action*. Harvard University Press.

Turner, V. (1988). *El proceso ritual*. Taurus.

Van Gennep, A. (2013). *Los ritos de paso*. Alianza editorial

